

INTRODUCCIÓN

El problema de la reafirmación nacional —ahora y en la Antigüedad— pasa a menudo por la justificación del presente a través del pasado. La historia se convierte así en objeto de manipulación política que, como fenómeno histórico en sí mismo, merece y debe ser estudiado.

Nada más eficaz como instrumento de manipulación que los símbolos nacionales y ello gracias a esa capacidad instantánea del lenguaje visual de alcanzar lo más recóndito del consciente y subconsciente y de afianzarse allí. Y a ese archivo visual recurre el lenguaje escrito —poblado de imágenes— y la acción misma de pensar.

La imagen emblemática de una nación (*natio*) o provincia es un fenómeno cultural que trasciende el ámbito tradicional de las artes visuales para internarse en el complejo mundo de la política y la religión.

Los símbolos de identidad de una nación poseen un poder persuasivo que reside en los estratos más afianzados y, a veces, oscuros, de la memoria y la psicología colectivas en las que interviene la tradición religiosa y cultural.

Ninguna imagen es gratuita. Los estudios de marketing actual lo demuestran. Y si el mensaje subliminal funciona ahora, antes también. Lo que ha variado —y quizá menos de lo que pueda parecer— son los cauces de la comunicación.

Esta sospecha de la inarbitrariedad de la imagen fue la que me llevó a indagar sobre todo ese elenco de símbolos, personificaciones y objetos que el arte romano formuló para diferenciar a unos pueblos de otros; a descubrir qué había detrás de esa aparente asepsia o «inocencia» de una «provincia pia fidelis», tal y como se denominaba a uno de los tipos iconográficos. El porqué de elegir una imagen y no otra.

Y Africa ha sido —en este sentido— una de las imágenes de provincias más «maltratadas», precisamente por esas pretendidas actitudes «ideales».

Pero desvelar el universo que encerraba el emblema de Africa sólo era posible con la contrastación simultánea con otros casos de imágenes de pueblos y provincias. El resultado de estas observaciones y reflexiones ha sido este doble estudio —general y particular— que es complementario en sí mismo.

Una de las cuestiones básicas que se planteaban es la del criterio romano en la selección de los tipos de imágenes representativas de pueblos.

Para responder a este interrogante hay que tener presente, por un lado, el fenómeno de aculturación que tiene lugar entre el mundo romano y el autóctono de las provincias conquistadas, y por otro, el concepto de imagen como expresión del poder. Esta transmite, a su vez, la idea romana sobre el pueblo conquistado y las relaciones bélicas o pacíficas con él mantenidas.

El horizonte interpretativo que se abre contribuye a responder a cuestiones relativas a los móviles que impulsaron la creación de imágenes territoriales y de su funcionamiento en el seno del entramado político, social y religioso romano a lo largo de la República y del Imperio.

Movida por estas ideas he intentado llevar a cabo un ensayo en la que sea quizá la provincia que presenta una problemática iconológica más compleja: Africa.

La mezcla cultural que tuvo lugar en el norte del continente africano tuvo como consecuencia un fenómeno de sincretismo religioso y cultural que se refleja en la propia formulación del tipo iconográfico de Africa, de su génesis y de su papel en el programa iconográfico romano.

El estudio que sigue a continuación constituye la versión reducida, corregida y actualizada de la que fuera mi tesis doctoral, presentada en Madrid en 1992 y que fue respaldada institucionalmente por diversas entidades. Además del **CNRS** y de la **Comunidad Autónoma de**

XVIII

Madrid, cuyas ayudas me posibilitaron frecuentar diversos centros de investigación europeos, el apoyo definitivo fue el del **Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)** al concederme la beca de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma. Así tuve la posibilidad de acceder a los fondos bibliográficos y archivísticos de los distintos centros de investigación que aquí tienen su sede. Tengo que resaltar, en este sentido, la amabilidad y las facilidades que he encontrado siempre, a la hora de desarrollar el trabajo, en la Academia Americana, en el Instituto Arqueológico Alemán y en los Museos Vaticanos.

Durante los años que dediqué a investigar este tema fueron numerosas las personas que me ayudaron a reflexionar, pensar o materializar el trabajo en diversos aspectos.

En primer lugar agradezco a M^a Paz García-Bellido, Ricardo Olmos, Manuel Bendala, Carmen Fernández Ochoa, Mario Torelli, John Scheid y Juan Blázquez sus comentarios y consejos.

Dirijo mi más sincera gratitud a Juan Antonio Santos, Pedro Mateos, Xavier Dupré, Marga González, Patxi Larrañaga, Juan Luis Moraza, Walter Pagnota y Francisco Martínez Quirce por su generosa colaboración en tareas de diversa índole. A Luis Alberto de Cuenca debo su exquisita minuciosidad en la mejora de la edición final.

Muy especialmente quiero destacar el apoyo completo e incondicional que durante todos estos años he recibido de Michael Assel.

También quiero dedicar una mención particular a la memoria del Profesor Alberto Balil, de quien tanto aprendí de su polifacético universo, que era él mismo.

Finalmente, cierro este capítulo de agradecimientos con la persona que hizo real esta aventura desde sus inicios: el Profesor Javier Arce. Es mucho lo que le debo, pero quizá lo que más le agradezca es que durante todos estos años haya sido capaz de transmitirme el espíritu, la curiosidad y la ilusión por la búsqueda, algo que sólo un verdadero maestro puede hacer.